

FRANCO INAUGURO ANOCHE EL MONUMENTO ERIGIDO A FELIPE II EN LA PLAZA DE LA ARMERIA

LOS MADRILEÑOS TENIAN UNA DEUDA DE GRATITUD CON EL GRAN MONARCA, DIJO EL CONDE DE MAYALDE

ASISTIERON A LA CEREMONIA EL PRESIDENTE DE LAS CORTES Y LOS MINISTROS DE LA GOBERNACIÓN, JUSTICIA, HACIENDA, EJERCITO, AIRE, OBRAS PUBLICAS Y TRABAJO

El Jefe del Estado presidió anoche en la plaza de la Armería el acto inaugural del monumento levantado en la misma a la memoria de Felipe II. El Generalísimo llegó a las nueve menos veinte de la noche, acompañado por los Jefes de sus Casas Militar y Civil, teniente general Asensio y conde de Casa de Loja, respectivamente, y los ayudantes de servicio. Al entrar en la plaza de la Armería y descender del coche, fue cumplimentado por el ministro del Ejército, teniente general Barroso, y el capitán general de la Región, teniente general don Rafael García Valiño, en unión de los

cuales pasó revista a una Compañía del batallón del Ministerio del Ejército, formado a lo largo de la plaza, con bandera y banda de música, para rendir honores, mientras un público numerosísimo estacionado en aquellos alrededores tributó cálidos aplausos al Generalísimo. Terminada la revista, el Caudillo fue saludado por el presidente de las Cortes y del Consejo del Reino, don Esteban Bilbao, y los ministros de Justicia, don Antonio Iturmendi; de Gobernación, don Camilo Alonso Vega; de Obras Públicas, don Jorge Vigón; de Hacienda, don Mariano Navarro Rubio; del Aire, teniente general Rodríguez y Díaz de Lecea, y de Trabajo, don Fermín Sanz Orrio; el conde de Mayalde, con el Ayuntamiento en Corporación, bajo mazas, y el presidente de la Diputación, marqués de la Valdavia.

Después de los saludos, el Caudillo se dirigió a la tribuna que se había levantado al pie de la catedral de Nuestra Señora de la Almudena, y que aparecía adornada con reposteros y tapices y las banderas nacional y del Movimiento. En otra tribuna contigua se situaron los miembros del Gobierno y el subsecretario del Ejército, general González de Mendoza; almirante Cervera, jefe de la Jurisdicción central de la Armada; el presidente del Tribunal Supremo de Justicia Militar, teniente general Gutiérrez Soto; director general de la Guardia Civil, teniente general Alcubilla; ex ministro don Alfonso Peña; gobernadores civil y militar, don Jesús Aramburu y general Roldán, respectivamente. Directores general de Cinematografía y Teatro, señor Suevos; de Política Interior, señor Chacón; de Administración Local, señor Moris Marrodán; de Bellas Artes, don Gratiniano Nieto; director del Museo Naval, señor Guillén; don Wenceslao González Oliveros y otras personalidades.

El concejal delegado del Patrimonio Artístico e Histórico de la Villa, señor Navarro Sanjurjo, leyó unas cuartillas para subrayar que el homenaje era un acto de justicia y de gratitud a la memoria de uno de los más grandes Monarcas que tuvo España. Explicó cómo se había elegido este emplazamiento en razón a que se estimó como el más apropiado y más en consonancia con lo que Felipe II representa en la historia patria, las proximidades de la que fue su residencia, hoy Palacio Real.

El marqués de Lozoya, académico y ex director general de Bellas Artes, en un bellissimo discurso recordó la brillante época de aquel reinado, y al resaltar el valor de la figura histórica de Felipe II dijo que, ante todo, era un español y que, por lo tanto, era justísimo el homenaje que le tributaba el Ayuntamiento de Madrid. Trabajador sin reposo, Felipe II sentía la íntima preocupación de su responsabilidad ante Dios. El Madrid de entonces—agregó—puede haber sufrido modificación de todo género, pero en su fondo impera el mismo espíritu y una entraña típicamente española. Así lo sentía Felipe II y así ocurrió su reinado con gobernantes doctos y expertos.

DISCURSO DEL ALCALDE
El alcalde, conde de Mayalde, pronunció el siguiente discurso:

“Estaba en la mente de todos y era propósito firme en la Corporación municipal que al celebrar Madrid el IV centenario de la fundación de su capitalidad, debían coronarse los actos conmemorativos con la erección de un monumento a Felipe II.

Teníamos los madrileños una deuda de gratitud con el gran Monarca que quiso convertir a esta villa de Castilla en la capital de la España recién forjada.

El concejal delegado del Patrimonio Artístico ha explicado las razones del emplazamiento y sus características, y si se ha demorado casi un año la inauguración, se debe al propósito de que todo tuviera la solemnidad y el rango que parecían indispensables. El Ayuntamiento de Madrid se dio cuenta desde el primer momento de que no podía tratarse sólo de una conmemoración madrileña, porque este primer monumento, que se le-

vania en el más noble lugar de Madrid, con la efígie de Felipe II, no es ni puede ser el homenaje a una gloria local. Se trata de una reivindicación histórica de hacer justicia a una de las grandes figuras de nuestra patria, y por eso tiene sobre todo un carácter nacional. Si alguna duda pudiera haber, la presencia aquí de Vuestra Excelencia, rodeado de las más altas jerarquías del Estado, lo corrobora.

Vamos a ver dentro de breves momentos a un Felipe II joven, apuesto y optimista, en un atuendo anacrónico entonces, pero hoy clásico: el de los antiguos césares. Está mirando a su Madrid, al que no podría identificar en su estructura externa, pero que conserva el alma alegre y generosa de sus habitantes, que, sin duda, sedujo al Rey Prudente. Aunque la población ha pasado de 45.422 habitantes a 2.325.000, nuestra villa tiene aún el mismo espíritu. La noble pasión que algunas veces ha podido prestarse a maniobras turbias, la lealtad insobornable a aquellos que supieron ganar su coacción. Hoy ya no es la capital de un inmenso Imperio, pero se ha convertido de verdad en la capital de todos los españoles; podríamos decir que se ha convertido en la capital espiritual de todas las Españas, porque el nombre de Madrid nunca fue tan popular y conocido en el mundo entero, y por que diaria y emocionadamente acá vienen en peregrinación, como quien regresa al hogar materno, desde los más lejanos países, las gentes que hablan español.

España tiene en el mundo una gran autoridad moral. Como decía un gran poeta hispanoamericano, podrá ser más

o menos rica, más o menos poderosa, pero está llena de honor, y esto se debe, en gran parte, sin duda, al sentido misional y teológico de la hora fundacional.

La España de los Reyes Católicos, de Carlos I y de Felipe II, es la nación que sacrificó cien veces sus propios intereses materiales por servir a lo que consideraba una misión providencial. Es la que en pocos decenios civilizó un continente entero y lo pobló de universidades y de templos; la que consideró como un programa nacional la predicación del Evangelio; la que dio leyes justas que en algunos países siguen en vigor; la que siempre fue fiel a la Iglesia de Cristo y la que con un espíritu de edificante austeridad, mientras sembraba por el mundo magníficas ciudades y grandiosos monumentos, quiso tener una capital modesta y casi pobre, donde hasta el siglo XVIII no aparecen los edificios construidos con materiales nobles.

Es evidente que la historia no se repite y que los pueblos y las naciones han de aceptar y asimilar las sucesivas evoluciones que van estructurando el devenir de la humanidad, pero sin renegar de su pasado y sin renunciar a su destino en lo universal. Por ello esta España nuestra, esta España del Movimiento Nacional, no es ni puede ser exactamente la España de Felipe II, pero sí es una España que de nuevo quiere ser Una, Grande y Libre, que se niega a seguir los dictados de sus enemigos exteriores y que aspira a deshacer todas las torpezas y todas las calumnias con que deliberadamente se ha querido tergiversar la historia patria.

En esta hora en que la unidad de Europa es una preocupación más o menos sincera de todos e indudablemente una necesidad, queremos recordar que Don Felipe fue un gran europeísta, que su ilusión fue el llegar, por medio de alianzas y Tratados, a la unidad de una Europa católica, con un claro espíritu ecuménico y sin afanes de hegemonía nacionalista.

Por razones urbanísticas, este Felipe II que vamos a descubrir dentro de unos instantes no mira hacia su amado Escorial, que veía con los cansados ojos de la vejez. Está mirando hacia Oriente, como si vigilara frente al peligro que acecha a este mundo nuestro y que puede acabar con todo lo que significa la civilización cristiana, por la que él luchó toda su vida y a la que incluso sacrificó los intereses de su propia patria.

Han pasado cuatro siglos, durante los cuales los enemigos de España, sin piedad, se cebaron en este personaje histórico. Es significativo y es triste, pero también es honroso, que sean las mismas voces de los enemigos de nuestra patria las que sigan infamemente vociferando contra la España de hoy.

Quiero destacar la cordial y eficazísima colaboración que ha prestado al Ayuntamiento el Patrimonio Nacional. En primer término, porque le pertenece el terreno sobre el que hemos edificado y porque, en este caso, como en todos, se preocupa del embellecimiento de Madrid y nos da siempre grandes facilidades para todo lo que sirva de solaz y agrado a los madrileños. En segundo término, porque se ha asociado su voz a este acto por la de su consejero, el señor marqués de Lozoya, académico y profesor de la Universidad Central. A él quiero también darle las gracias por su bella y erudita disertación.

Sean mis últimas palabras para expresar a Vuestra Excelencia, en nombre del Ayuntamiento y del pueblo de Madrid, nuestra profunda gratitud por el honor

que nos habéis dispensado con vuestra presencia en este acto, y sean también para testimoniaros de nuevo nuestra inquebrantable adhesión.

Y ahora, señor, os ruego que os dignéis inaugurar la estatua de Felipe II."

INAUGURACION DEL MONUMENTO

Seguidamente el Generalísimo Franco descendió de la tribuna acompañado por el alcalde y los ministros, y se dirigió al lugar donde ha sido emplazado el monumento, y procedió a descender la bandera nacional que lo cubría, declarándolo inaugurado.

El monumento es una reproducción en doble tamaño del que existe en el Museo del Prado, en la sala de Tiziano, obra del escultor Loe Leoni, hijo de Pompeyo Leoni. La obra inaugurada se debe al escultor Coullaut Valera y al arquitecto Herrero Palacios, y se trata de una reproducción fidelísima de aquella estatua que se guarda en nuestra Pinacoteca. Ha sido fundida en los talleres del señor Codina. El monumento descansa sobre un basamento con motivo del jardín de los Frailes del Real Monasterio del Escorial, reproducido en su tamaño original, y le rodean cuatro pilastras con bolas de granito que recuerdan la arquitectura herreriana. Al fondo, la bellísima estampa del Campo del Moro.

Después de la ceremonia, durante la cual se interpretó el Himno Nacional, el jefe del Estado abandonó la plaza de la Armería acompañado por los miembros del Gobierno y autoridades allí presentes, siendo despedido con los mismos honores que a su llegada, mientras que el público, cada vez más numeroso, le despedía con cálidas ovaciones hasta que desapareció el coche que le conducía a su residencia de El Pardo.